

**Autoconcepto y
adolescencia. Una
línea de
intervención
psicoeducativa**

Inmaculada Sureda
García

Educació i Cultura
(1998), 11:
157-170

Autoconcepto y Adolescencia. Una línea de intervención psicoeducativa

Inmaculada Sureda García

Resumen

Este artículo Autoconcepto y adolescencia . Una línea de intervención psicoeducativa, analiza dos aspectos. En primer lugar se exponen los enfoques teóricos que intentan explicar el proceso transicional de la niñez a la adolescencia, priorizando sobre la consolidación de identidad a lo largo de este proceso. En segundo lugar se estudian los factores críticos propios de la adolescencia, factores que pueden llegar a dificultar la conformación de la imagen de sí mismo de manera presente, y con repercusiones irreparables para el futuro del joven, sino se realiza una línea de intervención psicoeducativa.

Summary

In this article two different aspects are analysed: On the one hand, the theoretical focuses which hope to explain the transitional process from childhood to adolescence are stated, with priority given to the consolidation of identity throughout the former process. On the other hand, the critical factors characteristic of adolescence are studied, factors which can prevent the conformation of the present self-image with irretrievable repercussions on the future of youth, unless a psycho-educational interventional line is taken.

1. Introducción

Desde siempre, escritores y pensadores han señalado la importancia de los cambios que ocurren a lo largo de la adolescencia. Pero es a a partir de mediados del siglo XVIII y gracias principalmente a Rousseau y tras él a los autores románticos como Goethe, cuando la adolescencia es considerada como una etapa de desarrollo que merece un tratamiento aparte. Como ha señalado R.E. Muuss (1986), fue G. Stanley Hall (1904), considerado por muchos padre de la “psicología de la adolescencia”, el primer psicólogo que establece la psicología de la adolescencia como campo de estudio diferenciado, y que desarrolla métodos científicos para su análisis. Hall, se hizo especialmente famoso por el desarrollo y la utilización de cuestionarios como método de obtener datos objetivos. También, este autor se interesó en diarios personales como fuente de información particularmente apropiada para el estudio de la adolescencia. Una fuente de información cualitativa que sigue siendo de interés actual para el estudio de la comprensión de los adolescentes. (Phelps, P.H. 1992) .

Hall tomó el concepto darwiniano de la evolución biológica, aplicándolo al género humano para explicar el desarrollo de cada individuo. De esta manera, Hall entendía que el individuo vuelve a vivir el desarrollo de la raza humana desde un primitivismo animal, a

través de un período de salvajismo, hasta los modos de vivir civilizados más recientes que caracterizan la madurez. Hall suponía que ese desarrollo obedece a factores fisiológicos que están determinados genéticamente, mientras fuerzas directrices interiores controlan y dirigen predominantemente el desarrollo, el crecimiento y la conducta del joven. Este autor sostenía que algunos tipos de conducta socialmente inaceptables, característicos de fases históricas del pasado, deben ser tolerados por padres y educadores, puesto que son etapas necesarias del desarrollo social del individuo.

La definición clásica considera la adolescencia como la fase de transición entre la infancia y la edad adulta. Esta definición supone que se pueden describir dos estados psicológicos relativamente estables “la infancia” y “la edad adulta”. Sin embargo de acuerdo con H. Lehalle (1986), ni la infancia ni la etapa adulta pueden considerarse periodos de estabilidad psicológica y en definitiva debiéramos situar al individuo en continua evolución genética a lo largo de toda la vida. Es así como dicho autor concibe la adolescencia en un sentido positivo, más que una etapa conceptualizada en función de “un antes” o “un después”.

Una investigación reciente (Scheer, S.; Unger, D. y Brown, M.B. 1996), realizada con una muestra de ciento trece adolescentes de diferentes culturas occidentales, indica que un 78% de los jóvenes se percibe con status adulto alrededor de los 17'4 años. El estudio identificaba el final de la adolescencia a través de las atribuciones o presupuestos cognitivos que los jóvenes manifiestan, y no mediante las influencias del status social o los roles adultos. Particularmente, los jóvenes adolescentes que se perciben en un status adulto manifiestan altos niveles de autoestima y autoconfianza consigo mismos. Según estos resultados hay que considerar que son las variables personales e individuales las que determinan en mayor grado la transición de la adolescencia a la adultez.

Lehalle cita dos propuestas para acotar la adolescencia. La primera consiste en ligar esta etapa a la pubertad, es decir, considerar que la adolescencia se inicia con las transformaciones fisiológicas propias del crecimiento físico. La segunda concreta en unos límites de edad entre los cuales se da el periodo adolescente. Desde este último punto de vista, la psicología de los adolescentes comprendería los individuos de edades entre los doce y los dieciocho años.

Indiscutiblemente estas dos propuestas son simples y limitadas para definir correctamente el concepto adolescente. La adolescencia no se limita a una serie de cambios a nivel físico, ni a una determinada edad en concreto. Esta etapa evolutiva implica estudiar dimensiones cognitivas, sociales, psicológicas y afectivas, que varían para una mejor o peor adaptación del joven con su entorno.

Juntamente con los cambios fisiológicos que acompañan a la pubertad, está la formación de una identidad autónoma, de “desalienación” a las viejas dependencias. La adolescencia supone la búsqueda de otros objetos y nuevos lazos afectivos que favorecen el desvinculamiento parental, llegando a una independencia psicológica y económica. Otro cambio importante se establece a nivel cognitivo, esta etapa se libera de unas estructuras simples y apegadas a lo inmediato para desarrollar previsiones y seleccionar posibilidades entre el conjunto de las posibles. Por último y de especial importancia para esta tesis, el desarrollo adolescente permite la cristalización del autoconcepto, lo que suscitará la necesidad de reconocerse a sí mismo como sujeto único, desarrollando una verdadera identidad personal.

Distintos autores han marcado características o presupuestos propios de la etapa adolescente. De acuerdo con L. Rappoport (1986), J. Hall describía los años adolescentes de tormenta y tensión -”storm and stress“- . Más tarde, E.H. Erikson los caracteriza de

crisis de identidad. No obstante y de acuerdo con A.C. Petersen (1988); M.L. Pombeni, E. Kirchler, A. Palmonari (1990) existen investigaciones contrarias a considerar dicha etapa como tumultuosa, negativa y con un matiz generalizadamente tan negativo, como ya anteriormente exponía Lehalle.

Prueba de ello es el resultado obtenido por A. Caspi y T.E. Moffitt (1991), indicando que el proceso de maduración física de las jóvenes adolescentes correlaciona con un incremento en los problemas de conducta, estrictamente entre aquellas chicas que ya de niñas se caracterizaban por presentar dichos problemas. Si esto es así, cabría pensar que hemos de atender más a la historia individual de cada sujeto, y no podemos caracterizar la etapa adolescente como crítica de forma generalizada. Estas aportaciones, de acuerdo con F. Bariaud et al (1994), plantean la necesidad de desarrollar investigaciones sistemáticas sobre la adolescencia normal, no patológica, para disponer de un conocimiento más sólido sobre los cambios individuales y sociales que tienen lugar en estas edades.

2. Adolescencia. Enfoques teóricos

Las dos grandes perspectivas que han dado explicación a este periodo transicional son la teoría psicoanalítica y la sociológica.

En primer lugar y desde una perspectiva psicoanalítica, la gran aportación, ya clásica a la psicología de la adolescencia, es la de la teoría del establecimiento de la identidad del yo según Erik H. Erikson.

De acuerdo con E.H. Erikson (1950), la adolescencia se caracteriza por la rapidez del crecimiento físico, la madurez genital y la conciencia sexual. En palabras de Erikson, el joven se enfrenta con una “revolución fisiológica” dentro de sí mismo que amenaza la imagen corporal y la identidad del yo. Erikson continua explicando, que el adolescente empieza a preocuparse por lo que “parece ser ante los ojos de los demás”, en comparación con el sentimiento que tiene de sí mismo (Erikson, E.H. 1950, pág 228). Así, la adolescencia es el periodo durante el cual ha de establecerse una identidad positiva dominante del yo. Erikson continua afirmando que si la identidad del yo no se restablece satisfactoriamente en esta etapa, existe el riesgo de que el papel que ha de desempeñar como individuo se le aparezca difuso, cosa que pondrá en peligro el desarrollo ulterior del yo.

Desde perspectivas más recientes, S.T. Hauser y H. Smith (1992) indican como la teoría psicoanalítica explica las transformaciones somáticas de la pubertad como el origen de las transformaciones psicológicas de la adolescencia. Desde esta línea, la gran consecuencia de las transformaciones pulsionales será la búsqueda de nuevos lazos objetales que favorezcan el desarrollo de una nueva identidad. Para ello, será necesario la reorganización del “yo” a través de una serie de procesos como, elaboración de nuevas defensas, narcisismo, etc, que conducen a una nueva manera de percibir y comprender el mundo, dando significado a todo aquello que rodea al individuo. Hauser y Smith conceptualizan el periodo adolescente como un proceso de internalización de factores afectivos, cognitivos y sociales. Así pues desde una interpretación psicoanalítica, contribuciones teóricas y empíricas enfatizan la relación entre el campo afectivo y cognitivo del adolescente.

En esta misma línea de considerar que los cambios cognitivos están condicionados por los afectivos, se destaca el trabajo de K.W. Fisher et al (1990). Fisher

reitera la importancia de la percepción autoevaluativa de los otros significativos para el autoconcepto personal, y recoge esta idea con las palabras “respuesta contextual”. El adolescente da una respuesta cognitiva en función de la propia percepción afectiva que tiene del contexto.

Una nueva aportación teórica psicoanalítica proviene de A.E. Thompson (1986), este autor presenta el concepto de “reverso” como idea central de su modelo. Con este concepto, Thomson pretende diferenciar entre lo que es perceptivamente dado y lo que es mentalmente construido por el adolescente; resultado de una etapa con un mayor desarrollo cognitivo. No tan ecléctico como perspectivas psicoanalíticas más puras, este autor mantiene un enfoque intermedio entre la propia interpretación interna del joven: pensamientos, sentimientos, etc; y las variables externas o contextuales que condicionan la interpretación personal.

Junto a la teoría psicoanalítica, la otra gran aportación al conocimiento de la adolescencia proviene de la teoría sociológica o sociopsicológica. Esta teoría considera que las causas de la transición adolescente residen de manera primordial en el entorno social del individuo y su proceso de socialización.

La interpretación sociológica se opone radicalmente a la teoría psicoanalítica. Mientras que esta última se centra exclusivamente en el plano pulsional, la interpretación sociológica recurre a factores externos, sociales para explicar el fenómeno de la adolescencia. M. Mead (1950) y R. Benedict (1938) ofrecen una teoría explícita del desarrollo desde un punto de vista antropológico-cultural. De manera concreta, Mead formula cómo el “relativismo cultural” contribuye con nuevas e importantes ideas a la comprensión de los fenómenos de la adolescencia. Esta autora destaca la importancia de las instituciones sociales y de los factores culturales para el desarrollo humano, y describe los rituales de la pubescencia y las experiencias del adolescente en las sociedades primitivas. Por otra parte, Benedict establece como una antigua forma de conducta cultivada, llamada por él “cradle trait” (característica de cuna), puede haberse convertido en una institución universal. Benedict, a través de su obra, ofrece los medios teóricos necesarios para vincular el modo de vida de una cultura determinada con el crecimiento y desarrollo de la personalidad individual.

De manera específica, la teoría sociológica se centra en dos puntos principales. Un primer punto considera que los adolescentes tienen que enfrentarse a situaciones sociales, en la que la posición y los roles sociales son ambiguos y mal definidos. Mientras un segundo punto aborda cómo el contexto social condiciona al adolescente a actuar y a pensar de una determinada manera, al haber la sociedad tipificado una serie de actitudes, conductas e ideologías como propias de una etapa adolescente. Desde este enfoque se destaca que los adolescentes no son únicamente pubers, sino que la estructura social y cultural conforma el fundamento que explica y predice los comportamientos individuales de los jóvenes.

Resumiendo ambas teorías, psicoanalítica y sociológica, coinciden en plantear el desarrollo adolescente como un proceso madurativo en pro de una etapa adulta. No obstante, la dos teorías son diferentes al definir el motor de dicho proceso. La teoría psicoanalítica prioriza sobre las variables personales del joven, mientras la teoría sociológica insiste en la importancia del ambiente social y cultural, no contemplando los factores biológicos.

3. El autoconcepto en la adolescencia.

El periodo adolescente puede considerarse a través de una serie de características, “puntos de referencia” o “elementos críticos”. En conjunto, la literatura sobre la adolescencia indica estos elementos como posibles perturbadores del autoconcepto adolescente. No obstante, estos factores no deben ser conceptualizados por sí mismos como críticos, ya que lo sean o no dependerá de variables personales y contextuales del adolescente. Así pues, los cinco “puntos de referencia” vinculados a esta etapa evolutiva son: cambio fisiológico, relaciones familiares, relación con los pares del mismo y distinto sexo, crecimiento cognitivo o intelectual e identidad personal. Todos estos cambios, en el transcurso de la adolescencia, implican aumentos graduales de la conciencia de sí mismo. El joven debe ir reelaborando su propio autoconcepto para adecuarse a cambios físicos inesperados, y a una posición social diferente a la que tenía durante la niñez.

En primer lugar para los cambios fisiológicos, que tienen lugar durante la adolescencia, se reserva el término pubertad. Este término proviene del latín *pubertas* - “edad de la hombría”- y se refiere al desarrollo de las características sexuales primarias o secundarias: cambios glandulares, transformaciones en el tono de voz, pelo corporal y estructura del cuerpo. En definitiva, el cuerpo se modifica en su tamaño y forma, lo que hace que el joven deba adaptarse a los cambios físicos, así como a las tensiones emocionales y sociales que ocasionan tales cambios. La pubertad puede comenzar a una edad tan temprana como los diez años, aunque los límites normales son entre los diez y los quince años. Dentro de estos límites hay grandes diferencias que guardan relación con la herencia. Cabe interpretar, pues, que las diferencias de edad con respecto a la pubertad son semejantes a otras diferencias constitucionales que guardan relación con el tipo corporal, el peso de las glándulas y el metabolismo.

Estos rápidos cambios físicos configuran una nueva elaboración de la “imagen corporal”. Es así como; R.J. Havighurst (1972) sitúa a dicha tarea como una de las más importantes en el desarrollo adolescente. Rodríguez-Tomé et al (1994) indica como el adolescente medio no únicamente es sensible al cambio sino que, con frecuencia, está dotado de un gran sentido crítico respecto a su propia imagen física cambiante, que esta determinada en gran medida por la imagen “reflejada” por el otro. M. Bruchon-Schweitzer (1990) señala que la concepción de imagen corporal que establece el adolescente de una manera individual no es reflejo del cuerpo tal cual, sino una interpretación de éste. Y a la vez, esta interpretación está influenciada por factores individuales y contextuales que configuran valores y creencias sobre los estándares culturales de cuerpos perfectos.

En efecto el atractivo físico o la apariencia física tiene una importancia capital entre el joven que manifiesta continuos cambios fisiológicos, afectando, de igual modo, a ambos sexos. Así, y de acuerdo con B. Thornton y R.M. Ryckman (1991), la percepción positiva de atractivo físico se demuestra igual de importante para la buena autoestima de las chicas como para la de los chicos. En relación a la edad, Rodríguez-Tomé explora los efectos de una pronta o tardía maduración sobre la adaptación social de él y la adolescente. Los resultados indican:

Por una parte, los chicos que maduran más temprano se perciben más tranquilos, atractivos, populares y atléticos ante su nueva apariencia física, entre adultos e iguales, que los que maduran más tarde. Resultados similares a los que ya habían encontrado M.H. Tobin-Richards et al (1983) o P. D. Duncan et al (1985). De acuerdo con Rodríguez-Tomé, parece haber dos razones subyacentes de las ventajas de una maduración temprana:

En primer lugar, debido a que se asemejan más a los adultos son respetados por sus iguales, y más autorizados y apremiados por los adultos. En consecuencia su ambiente psicológico favorece la confianza en sí mismos, el orgullo y la fortaleza yoica.

En segundo lugar, la maduración primeriza del chico tendría la ventaja de superar más pronto que otros chicos las tensiones causadas por los cambios puberales. De esta manera las tensiones creadas por los cambios fisiológicos, ya superadas, no repercutirían sobre nuevos cambios en su contexto escolar, familiar y social.

En definitiva y de acuerdo con lo expuesto, el chico que madura temprano se halla en condiciones de enfrentar los diversos problemas de la adolescencia mucho antes, y con mayor eficacia que el chico que madura tarde contextuales que configuran valores y creencias sobre los estándares culturales de cuerpos perfectos.

Por otra parte, las chicas con una pronta maduración no parecen tener las mismas ventajas socio-personales que tienen los chicos. Las chicas, en este caso, manifiestan un malestar social y personal ante su nueva imagen.

Los resultados de primeras investigaciones (Jones, M.C. y Mussen, P.H. 1958) revelan que las adolescentes cuyo crecimiento es tardío están más aventajadas en las interacciones sociales, al contrario de lo que sucede entre los adolescentes del sexo masculino. Las adolescentes tardías son juzgadas más favorablemente tanto entre los adultos como entre sus pares, y ocupan posiciones de prestigio en las actividades escolares y extra-escolares. La interpretación a estos datos, de acuerdo con H. Lehalle, podría indicar que las adolescentes cuya pubertad es más tardía tienen tendencia a desarrollar una apariencia física más conforme a los estereotipos, cosa que facilita la adaptación social.

En resumen, tanto estudios previos como posteriores (Tanner, J.M. 1962; Crockett, L.J.; Petersen, A.C. 1988; Simmons, R.G., Blyth, D.A. 1987; Stattin, H; Magnusson, D. 1990; Caspi, A. y Moffit, T.E. 1991; Rodríguez-Tomé, H. y Bariaud, F. 1994; Martí, E. et al. 1997) concluyen que las ventajas sociales de un desarrollo más precoz parecen ser ciertas para los chicos pero no para las jóvenes. Los chicos adolescentes que tienen un desarrollo puberal más rápido, se sienten más satisfechos con su apariencia física. Este sentimiento de atractivo físico les favorece en las relaciones con el sexo opuesto, y en sus iniciales relaciones sexuales. Sin embargo con resultados no del todo concluyentes, las chicas con un desarrollo físico más temprano tienen una imagen menos favorable de su físico, predisponiéndolas a una peor interacción social. Los resultados indican que los cambios físicos, entre las chicas, no tienen una clara influencia positiva sobre los sentimientos de atractivo, o de percibir calidad de relación con el sexo opuesto. E indiscutiblemente, los disturbios ante una nueva imagen corporal pueden tener claros problemas para la adaptación emocional, escolar, social y familiar.

De acuerdo con las consecuencias de una negativa imagen corporal, I. Attie y J. Brooks-Gunn (1989) examinan un conocido trastorno actual en el y la adolescente: "la anorexia nerviosa". Un trastorno que tiene serias consecuencias sobre la actitud, conducta y salud de los adolescentes. Las primeras manifestaciones del trastorno suelen aparecer al inicio o mitad de la adolescencia y principalmente entre las chicas. Un primer supuesto entre los jóvenes que padecen este trastorno es el déficit en habilidades personales y sociales para hacer frente a nuevos sucesos biopsicosociales. El rasgo más importante del trastorno es un régimen dietético autoimpuesto con una pérdida de peso de un 25% o más del peso corporal total.

Así pues, y de acuerdo con A. Caspi et al (1991), se han de tener en cuenta tanto los factores disposicionales del joven, que facilitan o limitan la inestabilidad emocional

propia de los cambios fisiológicos, como los acontecimientos sociales y experiencias discontinuas del contexto, que acrecientan la inestabilidad afectiva a lo largo de la pubertad.

En resumen es importante que el joven, chico o chica, tenga recursos personales que permitan una adaptación psicosocial positiva a lo largo de la pubertad primeriza o tardía. Sin olvidar que es necesario que el adolescente tenga un contexto familiar y escolar que amortigue posibles conflictos propios de esta etapa evolutiva, y facilite o favorezca un autoconcepto más positivo y reorganizado una vez amortiguado el impacto físico de la pubertad.

En segundo lugar, J.P. Hill et al (1985) se preocupa por otra de las condiciones críticas por las que pasa el adolescente, el proceso de autonomía. En el largo periodo que va desde los doce a los dieciséis años, el joven se mueve en una especie de limbo social formal e informal, sin gozar de los derechos y privilegios del niño ni tampoco del adulto. Esta posición social es ambigua y genera impotencia, ya que se carece de la seguridad que acompaña al status de niño o adulto, y del poder para cambiar la situación. A causa de ello, el joven lucha por independizarse del control de sus progenitores y establecer nuevas relaciones familiares, buscando una imagen más clara de sí mismo.

Por un lado las teorías psicoanalíticas (Freud, A. 1969; aunque sustancialmente modificadas por Blos, P. 1979) conceptualizan el proceso de autonomía como de lucha y estrés constante entre padres e hijos adolescentes. Por otro lado, las teorías del aprendizaje social (Bandura, A. 1977; Montemayor, R. 1983) y las teorías cognitivo-sociales (Kohlberg, L. 1984) definen el proceso de autonomía del adolescente desde una perspectiva positiva, presentándolo como un cambio hacia la autorregulación y autogobernación de la propia persona al margen de las normas y reglas que hasta ahora le habían impuesto los padres. Así, el punto central de estas teorías es la común consideración de que no tiene porque haber conflicto entre padres e hijos-adolescentes en favor de una mayor autonomía para los últimos. Recientes investigaciones (Goñi, A. 1997), partiendo de modelos cognitivo-sociales, ponen de relieve la distinta forma en que padres y adolescentes interpretan las reglas, las expectativas y el sistema social familiar. En consecuencia estas divergencias provocan enfrentamiento entre la legitimidad de la autoridad parental y la demanda adolescente de autonomía.

Esclareciendo, en mayor grado, las relaciones padre-adolescentes, P. Etopa y J. Machargo Salvador (1997) han llevado a cabo un estudio, con una muestra de 802 adolescentes canarios de ambos sexos con edades comprendidas entre los doce y los diecinueve años, sobre cómo los adolescentes perciben y valoran el papel de los padres. Los resultados indican que, en general, las relaciones padres-adolescentes, desde la perspectiva de los últimos, son razonablemente buenas. Los jóvenes consideran a los padres como punto de referencia y de apoyo socio-personal. No obstante este estudio, también ofrece algunas diferencias en las variables: contexto, sexo y edad. Las relaciones entre padres-adolescentes se presentan más críticas en los contextos urbanos que en los rurales, entre las chicas que entre los chicos, y entre los adolescentes mayores que entre los más jóvenes, manifestándose los quince años como la edad más crítica.

En resumen, si las relaciones padres-adolescentes son buenas se favorecerá el desarrollo de la autonomía que el joven debe alcanzar como elemento necesario para la configuración de su autoconcepto y propia identidad. No obstante, independientemente de que el joven tenga una buena o mala relación con los progenitores, J. Hill (1980) indica como el adolescente pronto adquiere conciencia de que se halla sujeto a sus padres por una especie de "correa psicológica". El joven comprende que mientras permanezca unido a esta

correa no le será posible establecer un concepto de sí mismo relativamente “puro” y autónomo. La adecuada reorganización del autoconcepto exige al adolescente poner a prueba los límites de sus habilidades, capacidades y aptitudes para actuar por sí mismo. Pero si el concepto de sí mismo permanece estrechamente ligado a su familia; si su autoestima depende en grado considerable de la aprobación que le ofrecen sus progenitores, el joven estará limitado para desarrollar sus propias y peculiares potencialidades, dificultando su proceso de autonomía y de socialización.

Otro factor de cambio a lo largo de la adolescencia son las relaciones con amigos de mismo y distinto sexo. Estas relaciones se inician previamente cuando la persona toma conciencia de su propia identidad social, sobre “quién soy” y la abstracción progresiva de los “roles” familiares y las normas a seguir durante la socialización primaria. Este proceso sigue con una socialización secundaria, caracterizada por la interrelación no únicamente con la familia, sino también con otros agentes sociales: los pares de igual y distinto sexo. Así pues gracias a esta socialización secundaria, la popularidad, aceptación e integración que tiene el adolescente entre sus amigos constituyen logros necesarios para su desarrollo personal. Una idea ilustrada por L. Rappoport (1986) en el siguiente fragmento:

“...En algún comienzo de la adolescencia, el niño desarrolla conciencia de sí mismo como estímulo social, modificable por voluntad o intención. Entra en el mundo de la autoayuda, de los libros y las columnas sobre los modales y la etiqueta, las citas, el vestido, el maquillaje, la conversación social, en el mundo de los rituales y las resoluciones que tienen por propósito la construcción o la reconstrucción de sí mismo...Entra en la amistad con la ansiedad de hacer una impresión positiva, y con la condición de que el sí mismo pueda transformarse para el logro de tal propósito” (RAPPOPORT, L. 1986, pág 39)

Diferentes autores han apuntado las relaciones con el grupo de iguales como indispensables para la socialización de la agresión y sexualidad (Hartup, W.W. 1977), autonomía (Piaget, J. 1932/1965) o intimidad (Sullivan, H.S. 1953). En efecto, unos y otros autores indican como los amigos proporcionan un apoyo social tanto para reafirmarse en el concepto de sí mismo como fuente de comprensión ante un escaso entendimiento con los padres. Así pues, las relaciones positivas con los amigos sirven para contrarrestar las relaciones negativas con los progenitores y los propios autoconceptos no satisfactorios. De acuerdo con B. Laursen y W.A. Collins (1994), los jóvenes que mantienen relaciones íntimas y amigables con sus iguales tienden a minimizar la frecuencia de los conflictos, y usan en mayor grado estrategias positivas y constructivas en su interacción con ellos.

Así pues, M.L. Pombeni y E. Kirchler y A. Pamonari (1990) indican que los adolescentes reciben y aceptan menos atención de los padres, si el grupo de iguales ofrece un fuerte soporte; no obstante a menor soporte por parte de los iguales, mayor reclamo de atención a los padres. Rappoport indica como las relaciones de “compinches” entre los amigos, permiten discutir abiertamente muchas cosas que de otra manera permanecerían ocultas. Las amistades íntimas en estas edades son un medio de explorar y definir el propio concepto de sí mismo de una manera óptima y madura.

Un nuevo y cuarto elemento como punto de referencia en el estudio de la etapa adolescente es el desarrollo cognitivo. En general y de acuerdo con J. Piaget (1956), el adolescente presenta un pensamiento hipotético y deductivo en su último estadio del desarrollo cognitivo. A medida que el joven adquiere capacidad de realizar operaciones mentales formales y pensar en forma abstracta o hipotética se llega a un nuevo tipo de preocupación por sí mismo, descrito como “egocentrismo adolescente” y diferente al

infantil. J.C. Coleman (1987) fundamenta este concepto a partir de dos actitudes y conductas muy propias de los jóvenes, y que permiten estudiar el autoconcepto adolescente: “la audiencia imaginaria” y la “fábula personal”.

El adolescente, bien en situaciones sociales auténticas o en situaciones meramente fantaseadas, anticipa las reacciones por parte de los demás. Estas reacciones se fundamentan en la idea de que los demás le admiran o le critican de idéntico modo a como él se admira o se critica. Así pues se halla continuamente reaccionando frente a esa “audiencia imaginaria”. La conciencia fijada en sí mismo, el deseo de intimidad y largas horas frente al espejo son aspectos del comportamiento adolescente que se pueden relacionar con ese tipo de audiencia. Otro significativo aspecto del egocentrismo adolescente es la “fábula personal”. En este caso, el adolescente creó que él mismo reviste importancia para muchas personas, llegando a sí mismo a considerarse como algo muy especial, incluso único.

Un último punto de referencia adolescente es el logro de una buena identidad personal. Un concepto idóneo para resumir el patrón de comportamiento de un individuo es el de identidad; y una forma de concebir lo que psicológica y comportamentalmente sucede en la etapa adolescente es mostrando el desarrollo de tal identidad. El estudio de la identidad esta fuertemente influenciado por el trabajo teórico, ya clásico, de E. Erikson (1950) a través de la teoría del establecimiento de la identidad del yo. La identidad se construye a lo largo del desarrollo evolutivo por la influencia de las propias experiencias de éxito y fracaso, y la interacción con personas significativas del medio social. Así pues, los padres, los amigos y los profesores son los tres agentes sociales más importantes para los jóvenes en el desarrollo y consolidación de su identidad. Identidad es, en términos de Erikson, la diferenciación personal inconfundible, la autodefinition de la persona ante otras personas, la sociedad, la realidad y los valores.

En la misma línea de Erikson, otros autores (Marcia, J.E. 1966; Loevinger, J. 1976 y L’Ecuyer, R. 1985) han profundizado y pormenorizado en sus análisis. De una manera más ambiciosa, L’Ecuyer presenta un modelo evolutivo general de estadios de identidad que aborda como se configura y cambia desde los cero a los cien años la imagen o el concepto de uno mismo. En él, L’Ecuyer (1985) señala seis etapas caracterizadas mediante descriptores muy generales y formales, que aluden a estadios del desarrollo real del autoconcepto: emergencia, aserción, expansión, diferenciación, madurez y longevidad. De manera concreta para el estudio de la identidad, R.H. Turner (1988) establece algunos de los mecanismos que conectan la persona con el contexto familiar, escolar y social, en donde el joven interacciona.

— El individuo reproduce en su persona lo que en su cultura y en su entorno social predominan.

— El individuo reacciona ante la situación que esta viviendo. Dicha reacción puede ser de huida, aislamiento, automarginación o ruptura.

— El individuo se adapta a la situación, experimenta un nuevo reto, y desarrolla sus propios recursos lo más funcionalmente posible para llevar la situación de la forma más adecuada.

— El individuo desarrolla mecanismos de comunicación y predice la interpretación de los demás para ajustar su propia comunicación y conducta a lo que preve serán los significados de los otros.

Estos cuatro presupuestos condicionan que el joven desarrolle una u otra determinada identidad. Aunque la búsqueda de la identidad que se produce durante la adolescencia puede comportar costes importantes, llegando a la descarga de agresividad

tanto contra otros como contra sí mismo, es una necesidad básica en el desarrollo de la personalidad humana. Se trata de un proceso complejo que, como han indicado F. Bariaud y C. Bourcet basándose en los estudios de M. Reuchlin (1990) y H. Rodríguez-Tomé (1983), implica la maduración de capacidades y habilidades diversas.

“Les progrès qui se manifestent à l’adolescence dans l’élaboration du concept de soi se caractérisent par l’abstraction, la différenciation, l’intégration, et le développement du “soi psychologique” . (BARIAUD, F. y BOURCET, C. 1994, pág. 282).

En la adolescencia, la identidad personal aparece como “tarea” por delante, como proyecto de algo que está por construir y que hay que construir. La construcción de la identidad, que viene gestándose desde la infancia, ha de adquirir ahora un perfil no definitivo, pero sí maduro. Eso lleva tiempo y no únicamente tiempo; esa labor se lleva a cabo gracias a experiencias favorecedoras de la madurez, del proceso del hacerse y del devenir adulto. Y algunas de esas experiencias pueden y deben ser proporcionadas desde la educación formal.

Bibliografía

- ATTIE, I. ; BROOKS-GUNN, J. (1989): Development of eating problems in adolescent girls: a longitudinal study. *Developmental Psychology*, vol 25, nº 1, pp 70-79.
- BANDURA, A. (1977): *Social learning theory*. Nueva Jersey: Englewood Cliffs. Prentice Hall.
- BARIAUD, F. y BOURCET, C. (1994): Le sentiment de la valeur de soi à l’adolescence. *L’orientation Scolaire et Professionnelle*, vol 23, nº 3, pp 271-290.
- BENEDICT, R. (1938): Continuities and cultural conditioning. *Psychiatry*, vol 1, pp 161-167.
- BLOS, P. (1979): *The adolescent passage..* International Universities Press. New York.
- BRUCHON-SCHWEITZER, M. (1990): *Une psychologie du corps*. P.U.F. Paris.
- CASPI, A. ; MOFFIT, T.E. (1991): Individual differences are accentuated during periods of social change: the sample case of girls at puberty. *Journal of Personality and Social Psychology*, vol 61, nº 1, pp 157-168.
- COLEMAN, J.C. (1987): *Psicología de la adolescencia*. (2ªed). Morata. Madrid.
- CROCKETT, L.J. ; PETERSEN, A.C. (1988): Pubertal status and psychosocial development: Findings from the early adolescence study. *In Biological-psychosocial interactions in early adolescence: a life-span perspective*. Lerner, R.M; Foch, T.T. (eds). Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- DUNCAN, P.D., RITTER, P.L., DORNBUSCH, S.M. et al. (1985): The effects of pubertal timing on body-image, school behaviour, and deviance. *Journal of Youth and Adolescence*, vol 14, pp 227-235.
- ERIKSON, E.H. (1950): *Childhood and society*. W.W. Norton. New York.
- ETOPA, P.; MANCHARGO SALVADOR, J. (1997): Las relaciones padres-hijos vistas por los adolescentes. *VI Congreso Internacional de educación familiar*. 30 de Abril. Málaga.

- FISHER, K.W., Carnochan, P.y Shaver, P.R. (1990): How emotions develop and how they organize development. *Cognition and Emotion*, vol 4, pp 81-121.
- FREUD, A. (1958/1969): Adolescence. In the writings of Anna Freud: *Research at the Hampstead child-therapy clinic and other papers (1956-1965)*, vol 5, pp 136-166. New york: International Universities Press.
- GOÑI, A. (1997): Adolescentes y autoridad parental en el sentido de las discrepancias. *Comunicación presentada en el VI Congreso Internacional de educación familiar*. 30 de Abril. Málaga.
- HALL, G.S. (1904): *Adolescence*. Appleton. New York.
- HARTUP, W.W. (1977): Adolescent peer relations: a look to the future. In J.P. Hill & F.J.Monks (eds), *Adolescence and youth in prospect*. Atlantic.Highlands, NJ: Humanities. Press.
- HAUSER, S.T. y SMITH, H. (1992): The developmental and experience of affect in adolescence. *Paper was supported in part by an NIMH Research Scientist Award, Harvard Medical School*, pp 131-165.
- HAVIGHURST, R.J. (1972): *Developmental tasks and education*. Davis. McKay. New york:
- HILL, J. (1980): The family. In *The middle school years*, Johnson, M (Ed). University of Chicago Press. Chicago:
- HILL, J.P., HOLMBECK, G.N., MARLOW, L. et alt.(1985): Pubertal status and parent-child relations in families of seventh-grade boys. *Journal of Early Adolescence*, vol 5, pp 31-44.
- JONES, M.C.; MUSSEN, P.H. (1958): Self-conceptions, motivations, and interpersonal attitudes of early- and late-maturing girl. *Child Development*, vol 29, pp 491-501.
- KOHLBERG, L. (1984): The meaning and measurement of moral judgment. En L.Kohlberg (Ed). *Essays on moral development*. New york: Harper & Row, II, pp 415-422.
- L'ECUYER, R. (1985): *El concepto de sí mismo*. Oikos-Tau. Barcelona.
- LAURSEN, B. Y COLLINS, W.A. (1994): Interpersonal conflict during adolescence. *Psychological Bulletin*, vol 115, pp 197-209.
- LEHALLE, H. (1986): *Psicología de los adolescentes*.. Crítica. Barcelona.
- LOEVINGER, J. (1976): *Ego development: conceptions and theories*. Jossey-Bass. San Francisco.
- MARCIA, J.E. (1966): Development and validation of ego-identity status. *Journal of Personality and Social Psychology*, vol 3, pp 551-558.
- MARTÍ, E.Y ONRUBIA, J.(COORD). (1997): *Psicología del desarrollo: El mundo del adolescente*, vol 8. Institut de Ciències de l'Educació. Barcelona
- MEAD, M. (1950): *Coming of age in Samoa*. New american. Library. New york.
- MONTEMAYOR, R. (1983): Parents and adolescents in conflict: all families some of the time and some families most of the time. *Journal of Early Adolescence*, vol 3, pp 83-103.
- MUUSS, R.E. (1986): *Teorías de la adolescencia*. 2ª edición. Paidós Studio. México
- PETERSEN, A.C. (1988): Adolescent development. *Annu. Rev. Psychol*, vol 39, pp 583-607.
- PHELPS, P.H. (1992): Understanding early adolescents through dialogue journals. *Teaching Education*, vol 4, n 2, pp 147-150.

- PIAGET, J. (1932/1965): *The moral judgement of the child*. Glencoe, IL: Free. Press.
- PIAGET, J. (1956): Les stades du développement intellectuel de l'enfant et de l'adolescent. en J.Piaget, *Problèmes de psychologie génétique*, Denoël, Paris, 1972.
- POMBENI, M.L., KIRCHLER, E. Y PAMONARI, A. (1990): Identification with peers as a strategy to muddle through the troubles of the adolescent years. *Journal of Adolescence*, vol 13, pp 351-369.
- RAPPOPORT, L (1986): *La personalidad desde los 13 a los 25 años. El adolescente y el joven*. Paidós. Barcelona.
- REUHLIN, M. (1990): *Les différences individuelles dans le développement conatif de l'enfant*. P.U.F.Paris.
- RODRÍGUEZ-TOMÉ, H. (1983): La connaissance de soi á l'adolescence. *L'Orientation Scolaire et Professionnelle*, vol 12, n 3, pp 203-213.
- RODRÍGUEZ-TOMÉ, H. Y BARIAUD, F. (1994): Changes in self-conceptions in adolescence. *Communication à la IV Biennial Conference of EARA*, Stockholm.
- SCHEER, S., UNGER, D. Y BROWN, M.B. (1996): Adolescents becoming adults attributes for adulthood. *Adolescence*, vol 31, n 121, pp 127-131.
- SIMMONS, R.G. Y BLYTH, D.A. (1987): *Moving into adolescence. The impact of pubertal change and school context*. Aldine de Gruyter. New York.
- STATTIN, H. Y MAGNUSSON, D. (1990): *Pubertal maturation in female development*. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- SULLIVAN, H.S. (1953): *The interpersonal theory of psychiatry*. Norton. Nueva york.
- TANNER, J.M. (1962): *Growth at adolescence*. 2nd edition. Oxford. Blackwll.
- THOMPSON, A.E. (1986): An object relational theory of affect maturity: applications to the thematic apperception test. *In Assesing Object Relations Phenomena*, ed M. Kissen. Madison. Conn: Int. Univ. Press.
- THORNTON, B. Y RYCKMAN, R.M. (1991): Relationship between physical attractiveness, physical effectiveness, and self-esteem: a cross-sectional analysis among adolescents. *Journal Personal Adolescence*, vol 14, pp 85-98
- TURNER, R.H. (1988): Personality in society: social psychology's contribution to sociology. *Social Psychology Quarterly*, vol 51, n 1, pp 1-10.